

Jose Ramón Ayllón

11.ª edición

En torno al hombre

Introducción a la Filosofía



CAPITULO X: EL SELLO DEL ARTISTA

*Hombre soy: de breve duración
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba: las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
soy también escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.*

OCTAVIO PAZ.

1. Una cuestión inevitable

¿Por qué pregunta el hombre sobre Dios? ¿Por qué no se contenta con lo que dicen y ofrecen las cosas de su entorno inmediato? Evidentemente, porque percibe que las cosas no se bastan a sí mismas: son relativas, limitadas, transitorias... ¿Cuál es la razón absoluta que las hace posibles?

Ni siquiera el agnóstico puede evitar esta pregunta. Stephen Hawking, después de proponer una explicación fisicomatemática del Universo, reconoce que la ciencia, aunque explica lo que existe, es incapaz al mismo tiempo de contestar a la pregunta fundamental: ¿por qué el Universo se toma la molestia de existir?

Kant decía que Dios es el ser más difícil de conocer, pero también el más inevitable. Por eso, si no hubiera Dios, se haría necesario explicar cómo la mente humana ha podido crear tal noción. Porque Dios ha estado presente en la conciencia humana no sabemos cuántos miles de años antes de que llegase a la consideración de los primeros filósofos. Y no como el centauro o el gnomo: miles de millones de hombres no han dudado y no dudan en referir el nombre de Dios a un ser realmente existente.

Se podría pensar en un error colectivo, pero nadie acusaría de error a toda la humanidad sin una razón muy poderosa. Si se objeta que se trata de un consenso que no se apoya en un razonamiento lógico, se puede responder que quizá se apoye en algo más sólido que la lógica, pues una creencia que se mantiene en todo tipo de civilizaciones, estructuras sociales y niveles de cultura parece que nos habla de una ley psicológica de la naturaleza humana.

2. Lo que se desprende de la contingencia

Pero lo que ahora nos interesa es saber si la afirmación «Dios existe» puede tener la solidez de una conclusión científicamente demostrada. Quizá la primera pregunta filosófica sea ¿por qué el ser, y no la nada? Parece evidente que si en algún momento del pasado no hubo nada, ahora tampoco habría nada, y tampoco lo habría en el futuro, pues de la nada no se obtiene nada. Por consiguiente, podemos asegurar que siempre ha existido algo.

Por otra parte, de los seres que existen no conocemos ninguno que se haya dado la existencia a sí mismo; todos, tanto los vivos como los inertes, son eslabones de una larga cadena de causa y efectos. Pero esa cadena ha de depender de una primera causa, pues pretender que un número infinito de causas pudiera dispensarnos de encontrar una primera, sería lo mismo que afirmar que un pincel puede pintar por sí solo con tal de tener un mango muy largo.

Algo parecido contestó aquel conferenciante hindú que explicaba el Universo como una inmensa superficie sostenida sobre cuatro elefantes. Le preguntaron dónde se apoyaban los elefantes, y contestó que cada uno lo hacía sobre otros cuatro. Como el auditorio no quedó satisfecho, surgió de nuevo la misma pregunta: dónde se apoyaban los dieciséis elefantes del segundo piso. El sabio hindú, decidido a zanjar la cuestión, dio una respuesta contundente: «todo lo que hay debajo del Universo son elefantes».

Lo cierto es que el Universo que nosotros conocemos —con elefantes o sin ellos— está integrado por un conjunto de seres que reciben la existencia y la conservan durante un tiempo. Seres que durante mucho tiempo no existieron, y que en un momento han dejado o dejarán de existir: son contingentes. Pero si este Universo nuestro no se da a sí mismo la existencia, debe haber algo más. Las tuberías contienen agua a condición de haberla recibido. Detrás del más complejo sistema de tuberías debe haber algo que no sea tubería: un depósito que contenga el agua por derecho propio. Pues bien, detrás de todo el complejo Universo de seres contingentes debe haber un ser que exista por derecho propio y comunique a los demás la existencia.

El problema no se resuelve, como vimos, con un número infinito de seres, de igual forma que unas tuberías de longitud infinita no explicarían la existencia del agua que corre en su interior. Y si dijéramos que los seres simplemente existen y que no hay nada más que hablar sobre ello, entonces estaríamos diciendo —como señaló Hegel— que no se debe pensar.

Pensar significa apreciar que nada en el Universo es mudo, que todo alza la voz de la contingencia, que todas las cosas proclaman su origen con el rumor confuso expresado en ese verso insuperable: «un no sé qué que quedan balbuciendo».

Por tanto, cuando la razón se pregunta quién es Dios, encuentra una respuesta obligada: Dios es la causa de todo lo que es, la Causa Primera. «Se lo pregunté a la Tierra, y me dijo: “no, no soy yo”; y todas las demás cosas de la Tierra me dijeron lo mismo. Pregunté al mar y a sus abismos y a sus veloces reptiles, y me dijeron: “No, no somos tu Dios; búscale más arriba.” Pregunté a la brisa y al aire que respiramos y a los moradores del espacio, y el aire me dijo: “Anaxímenes se equivocó: yo no soy tu Dios.” Pregunté en el cielo al sol, a la luna y a las estrellas, y me respondieron: “No, tampoco somos nosotros el Dios que buscas.” Dije entonces a todas estas cosas que están fuera de mí: “Aunque vosotras no seáis Dios, decidme al menos algo de El, decidme algo de mi Dios.” Y todas dijeron a grandes voces: “¡Él nos hizo!”». (San Agustín, *Confesiones*).

Es importante saber si la primera causa es algo o alguien. Si es capaz de conocer y querer, entonces nuestro Universo puede considerarse como algo concebido, querido y puesto en la existencia. Por el contrario, si el primer ser es irracional y ciego, entonces el

Un universo ha sido producido a trompicones sin sentido. Sin embargo, la realidad que vemos es tan increíblemente compleja y ordenada, que sólo parece haber sido capaz de causarla una mente inmensamente superior a la humana. La cooperación inconsciente de los seres materiales en la producción de un sistema cósmico estable no parece posible sin un ser inteligente que coordine el conjunto. En vista de ello, «nadie debe ser tan arrogante como para admitir la presencia en sí mismo de la razón y de la inteligencia, y negarla en el cielo y en el mundo; o como para sostener que un universo cuya complejidad casi supera el alcance de la más aguda razón no responde en su movimiento a ningún impulso racional» (Cicerón).

Se hace necesaria una precisión. Cuando hablamos de primera causa no sólo nos referimos a la prioridad temporal, sino también a la prioridad más radical: la ontológica. La causa primera es el ser. Los demás seres no son el ser, sino que lo tienen prestado, recibido de ella, y lo mantienen gracias a ella. La causa primera es la que en este mismo instante sostiene en la existencia a todos y cada uno de los seres que forman el cosmos, de manera semejante a como la actividad de la pluma que escribe estas palabras depende aquí y ahora de la actividad de mi mano, que a su vez depende aquí y ahora de mi voluntad.

Podemos concluir que esta argumentación es racionalmente válida para el que admita el problema que plantean los seres contingentes. Para el que no lo admita, bastará hacerle ver que también si uno rehúsa jugar al ajedrez es imposible que le ganen. O lo que decía Pascal: «para el que no quiere abrir los ojos, toda la luz del sol es poca». Lo explica Sheed con un ejemplo sugestivo: «Si vemos una americana colgada de una pared y no nos damos cuenta de que está sostenida por un clavo, no vivimos en el mundo real, sino en un mundo fantástico que nosotros mismos hemos forjado, en el cual las americanas desafían las leyes de la gravedad y cuelgan de las paredes por su propio poder. De manera semejante, si vemos las cosas que existen y no vemos que Dios las sostiene en su existencia, vivimos igualmente en un mundo fantástico, no en el mundo real. Ver a Dios en todas partes y todas las cosas sostenidas por Él no es algo propio de santos, sino simplemente de hombres sensatos, porque Dios está en todas partes, y todas las cosas están sostenidas por Él. Lo que nosotros hagamos como consecuencia de esta verdad puede ser santidad; el verlo es simplemente sensatez, y nada más.»

Muchos filósofos han visto en la contingencia una debilidad existencial que necesita el fundamento sólido de un Ser Supremo. Y muchos han visto en ese Ser Necesario no simplemente la conclusión de un razonamiento, sino algo más: el Ser máximamente perfecto y máximamente amable. Así lo entendieron los grandes filósofos medievales, influenciados por la teología cristiana. Pero no sólo ellos. Leibniz, exponente máximo del racionalismo, descubridor del frío y decisivo cálculo infinitesimal, al hablar del Ser Necesario asegura que «Dios quiere hacer a los hombres perfectamente felices, y para ello sólo quiere que le amen». Y todavía agrega que «sólo Dios puede hacer felices o desdichadas a las almas; ni nuestro sentido ni nuestro espíritu han gustado nunca nada que se aproxime a la felicidad que Dios prepara a los que le aman». Y añade algo que, en boca de un científico, resulta extraordinario: «no hay nada más perfecto que Dios, ni nada más encantador».

3. El primer argumento racional

Sócrates fue condenado a muerte «porque no creía en los dioses de la ciudad», sino en un Dios superior, y «corrompía a los jóvenes» enseñándoles esta doctrina. ¿Qué pensaba Sócrates sobre Dios? En primer lugar no entendía cómo los dioses griegos podían tener los mismos vicios que los hombres. Pensaba, por el contrario, en un Dios parecido al de Anaxágoras: suprema inteligencia ordenadora.

Jenofonte nos ha transmitido el razonamiento de Sócrates en este punto: se trata de una argumentación que constituye la primera prueba racional de la existencia de Dios llegada hasta nosotros, fundamento de todas las posteriores. Consta de varios pasos:

1. Lo que no es fruto de azar, lo que ha sido constituido con un objetivo determinado, exige una inteligencia que lo haya producido con esa finalidad. Si observamos al hombre, vemos que sus órganos están coordinados con vistas al funcionamiento del conjunto: no pueden ser fruto de la casualidad sino obra de una inteligencia.

2. Contra este argumento se podría objetar que conocemos a los artífices de obras humanas, pero no vemos al creador del hombre por ningún sitio. Sin embargo, responde Sócrates, esta objeción carece de fundamento porque tampoco nuestra inteligencia se ve, y nadie se atreverá a afirmar por ello que no tenemos inteligencia y que hacemos todo por azar.

3. La conclusión socrática dice que el mundo y el hombre están constituidos de tal modo que exigen una causa inteligente para dar razón de ellos. Con su habitual ironía, Sócrates hacía notar que en el cuerpo del hombre están presentes pequeñas cantidades de todos los elementos naturales que componen el Universo. Siendo así, ¿cómo podríamos pretender los hombres habernos quedado con toda la inteligencia del mundo, negando que pueda existir ninguna otra fuera de nosotros?

El Dios de Sócrates, como después sería la Idea de Bien en Platón, es inteligencia suprema que conoce todo, es causa ordenadora del Universo, y también es un Dios que ejerce su providencia de forma mucho más personal que el de los estoicos.

4. La metáfora cartesiana

«Lo que entiendo por Dios es tan grande y eminente que cuanto más atentamente lo considero menos convencido estoy de que una cosa así pueda proceder sólo de mí (...).

Pues aunque yo tenga la idea de sustancia en virtud de que yo mismo soy una sustancia, no podría tener la idea de una sustancia infinita, siendo yo finito, si no la hubiera puesto en mí una sustancia verdaderamente infinita (...). Por tanto (...) debe concluirse necesariamente que, puesto que existo, y puesto que hay en mí la idea de un ser sumamente perfecto (es decir, Dios), la existencia de Dios está demostrada con toda evidencia

(...).

Y toda la fuerza del argumento consiste en que reconozco que sería imposible que yo tuviese la idea de Dios si Dios no existiera realmente”.

DESCARTES (*Meditaciones Metafísicas.*)

La expresión que da título a este tema —el sello del Artista— la hemos tomado de Descartes. Pensaba él que un ser finito como el hombre no puede elaborar la idea de un ser infinito como Dios. Pero si de hecho esa idea está en mí, será porque el mismo Dios la ha infundido, a la manera del artista que marca con su sello la obra de arte.

La metáfora es más acertada de lo que Descartes sospechó. ‘u significado pleno aparece —como hemos visto— al considerar que hay seres en lugar de nada, y que esos seres no se han otorgado a sí mismos la existencia ni las leyes de su existencia.

5. Objeciones

Algunos filósofos modernos han hecho de la negación de Dios un postulado fundamental de sus doctrinas. Nos referimos, en concreto, a Marx y a Nietzsche. Pero ambos olvidan que sólo lo evidente tiene derecho al rango de postulado. Todo lo que no es evidente no puede ser punto de partida: ha de ser demostrado previamente. Por eso, decretar que «Dios ha muerto», y no tomarse la molestia de fundamentar ese juicio o de conocer y sopesar los argumentos contrarios, indica una buena dosis de arrogancia y de simpleza. «Si hubiera dioses, ¿cómo soportaría yo no ser un Dios? Por consiguiente, no hay dioses.» Estas palabras de Nietzsche rezuman el más puro de los voluntarismos —la realidad es lo que uno quiere que sea—, pero todo voluntarismo puro, al no dejar espacio a la razón, es también un puro irracionalismo.

Dejando aparte estos dos casos, las mayores y casi únicas objeciones a la existencia de Dios han sido presentadas como razones científicas por el materialismo moderno. Tres son las versiones de este materialismo:

— *Mecanicismo*: la naturaleza sólo debe ser explicada en términos de acciones mecánicas y de fuerzas materiales.

— *Positivismo*: Sólo puede haber ciencia de lo empírico, es decir, de lo que es sensible y cuantificable.

— *Evolucionismo radical*: La vida y el hombre han surgido de la materia por azar.

Frente a este reduccionismo que decapita la verdad se han alzado innumerables voces. Husserl y Max Scheler manifestaron abiertamente que si sólo podemos conocer lo sensible, renunciamos a las realidades más profundamente humanas: el amor, la libertad, la virtud, la alegría, la esperanza..., Dios. Ambos enseñan en Gotinga a principios de siglo, y logran un ambiente extraordinario en el que «se habla de Filosofía noche y día, en la mesa y en la calle, en todas partes». La más brillante de sus alumnas era una chica atea que escribe lo que sigue: «Con razón se nos inculcaba continuamente que debíamos mirar todas las cosas sin prejuicios, y arrojar toda clase de anteojeras. Las barreras de los prejuicios racionalistas, en las que me había criado, sin darme cuenta cayeron, y el mundo de la fe se presentó súbitamente ante mis ojos. En ese mundo vivían personas con las que yo trataba a

diario y a las que admiraba. Tenían que ser, por lo menos, dignas de ser consideradas en serio.»

Sin ser un profesional de la Filosofía, Dostoievski advirtió también la insuficiencia de los planteamientos materialistas, pues él mismo sostuvo esas ideas en su juventud: «Tienen la ciencia, pero en la ciencia no hay más que lo que depende de los sentidos. El mundo espiritual, la mitad superior del ser humano, queda excluida por completo, eliminada con cierto entusiasmo, hasta con odio.»

Positivismo y Mecanicismo se ven reforzados por la aparición de la hipótesis evolucionista. No es que Darwin lo pretendiera, pero al sostener que «las especies no fueron creadas aisladamente» dio pie a la formación de un virulento grupo antireacionista, que vio con evidente miopía contradicción entre la noción de creación y la «alternativa» evolucionista.

Se trata en los tres casos de rancios prejuicios decimonónicos que los grandes científicos han sabido evitar. Von Braun, el hombre que puso al hombre en la luna, nos dice que «cuanto más comprendemos la complejidad de la estructura atómica, la naturaleza de la vida, o el camino de las galaxias, tanto más encontramos nuevas razones para asombrarnos ante los esplendores de la creación divina».

Esa complejidad del Universo le parecía a Einstein milagro y eterno misterio, pues «a priori debería esperarse un mundo caótico, que no pudiera en modo alguno ser comprendido por el pensamiento». Y añade, como certero diagnóstico, que «aquí se encuentra el punto débil de los positivistas y de los ateos profesionales».

No son declaraciones aisladas. Heisenberg, a su paso por Madrid en 1969, declaró a la prensa: «Creo que Dios existe y que de El viene todo. El orden y la armonía de las partículas atómicas tienen que haber sido impuestos por alguien.» Y Max Planck será más explícito aún: «En todas partes, y por lejos que dirijamos nuestra mirada, no solamente no encontramos ninguna contradicción entre religión y ciencia, sino precisamente pleno acuerdo en puntos decisivos.»

La revista *Time*, al comenzar la década de los ochenta, comentaba con asombro la multiplicación de este tipo de testimonios cualificados: «a través de una callada revolución que se está desarrollando en el pensamiento y en la argumentación —una revolución impensable hace veinte años—, Dios está preparando su regreso».

Sin embargo, es claro que en el reconocimiento de la existencia de Dios no sólo pesan razones intelectuales. De hecho, la voluntad puede resistirse a la verdad demostrada o probable. Sancho Panza, reflexionando sobre la quijotesca idealización de Dulcinea, observa agudamente que el amor es capaz de convertir las legañas en perlas. Y el refranero castellano afirma que no hay peor sordo que el que no quiere oír. La inteligencia, en efecto, encuentra la verdad, pero el hombre es libre para aceptarla. Y, a la hora de escoger, la voluntad puede tener sus propias razones de conveniencia:

«—Cuando bebía, oía poco. Después dejé de beber y oía bien. Pero oír bien no me gustaba tanto como el whisky.»

Lo dicho explica que cuando el ateísmo aparece en un gran científico, su causa no suele ser científica: más bien se presenta como una posición voluntaria con dudoso fundamento intelectual. Jean Rostand, toda una personalidad en el campo de la Biología, con una inteligencia muy fuera de lo común, declaraba en 1973 que todos los días se planteaba el tema de la fe. «He dicho que no. He dicho no a Dios —por decirlo brutalmente—, pero en cada momento la cuestión vuelve a presentarse. Por ejemplo, cuando se habla del azar.

Yo me digo: no puede ser el azar el que combina los átomos. Entonces, ¿qué? (...). Estoy obsesionado; digamos que obsesionado si no por Dios, al menos por el no-Dios. No es un ateísmo sereno, ni jubiloso, ni contento. No. Ni me satisface ni me llena. Es algo vivo, siempre al rojo vivo: una llaga que se abre sin cesar.»

Unas palabras sobre Sartre. El padre del existencialismo ateo experimenta pesadamente la contingencia propia y de lo que le rodea. «La existencia es, por definición, lo no necesario. Existir significa simplemente “estar ahí”. Lo que existe es algo con lo que uno se encuentra, pero que no se deja nunca deducir.» Hasta aquí, la constatación que hace Sartre tiene muchos siglos de vigencia. Sin embargo, su conclusión va a ser sorprendente: la contingencia le lleva a decir que «todo es absurdo: el parque, la ciudad, yo mismo. Si te percatas de ello, se te revuelve el estómago y todo empieza a flotar: ahí está la náusea». J. Pieper responde a Sartre que nadie en el mundo podría llevar una vida consecuente con la idea del absurdo absoluto. Si todo es absurdo, ¿cómo puede hablar Sartre de libertad, justicia y responsabilidad? Además, si el mundo fuera absurdo no habría motivo para nada, ni posibilidad de argumentar nada: ni siquiera la no existencia de Dios.

Afortunadamente, Sartre no pudo mantener el absurdo hasta el final. Poco antes de su muerte, *Le Nouvel Observateur* recogió estas palabras suyas: «No me percibo a mí mismo como producto del azar, como una mota de polvo en el Universo, sino como alguien que ha sido esperado, preparado, prefigurado. En resumen, como un ser que sólo un Creador ha podido colocar aquí; y esta idea de una mano creadora hace referencia a Dios.»

Breve conclusión: la existencia de Dios es la más grande de las cuestiones filosóficas. No por su complejidad, sino por presentarse ante el hombre con un carácter radicalmente comprometedor. Dios, aunque puede ser considerado como una idea, no es en absoluto un producto del pensamiento humano. Dios es el dueño y señor de todo lo que existe. Cuando

C. S. Lewis, ateo, pensaba en la existencia de Dios como si se tratara de un inofensivo problema intelectual, llegó un momento —confiesa— en que «el teorema filosófico aceptado cerebralmente, empezó a agitarse y a levantarse; se quitó el sudario, se puso en pie y se convirtió en una presencia viva. No se me volvería a permitir jugar con la Filosofía».

TATIANA GORICHEVA: mi *conversión*

«Si alguien me pregunta qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión me ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo. Todo ha cambiado en mí y a mi alrededor. Y, para decirlo con mayor precisión aún: mi vida empezó sólo después de haber encontrado a Dios.

Para las personas que hayan crecido en países occidentales no es fácil de entender. Son personas nacidas en un mundo en el que existen tradiciones y normas, aunque ya no sean totalmente estables. Esas personas han podido desarrollarse de una manera “normal”, leyendo los libros que han querido, eligiendo sus amigos y haciendo la carrera que han preferido. Han podido viajar a cualquier país. O han podido retirarse del mundo, bien para cuidar-se amorosamente de su familia, para encerrarse en un monasterio o para dedicarse a la ciencia, eligiendo para ello su lugar preferido.

Yo he nacido, por el contrario, en un país en el que los valores tradicionales de cultura, religión y moral han sido arrancados de raíz de una manera intencionada y con éxito; yo no vengo de ninguna parte y a ninguna parte voy: he carecido de raíces y he tenido que encaminarme hacia un futuro vacío y absurdo. En mi adolescencia tuve una amiga que se quitó la vida a los quince años, porque no pudo soportar todo lo que la rodeaba. Al morir dejó escrita una nota que decía “soy una persona muy mala”, cuando en realidad era una criatura de corazón extraordinariamente puro, que no podía tolerar la mentira y que no pudo mentirse a sí misma. Aquella muchacha se quitó la vida porque descubrió que no vivía como hubiera debido hacerlo y porque de alguna manera había que romper el vacío que a uno le rodeaba y encontrar la luz. Pero ella no encontró ese camino. Mi amiga era una persona demasiado profunda y extraordinariamente consciente para su edad, y comprendió que también ella tenía en todo una responsabilidad y culpa. Hoy, a los veinte años de su muerte, yo puedo expresarlo en un lenguaje cristiano: mi amiga había descubierto su condición de pecadora. Había descubierto una verdad fundamental, a saber: que el hombre es débil e imperfecto; pero no descubrió la otra verdad, que aún es más importante: la de que Dios puede salvar al hombre, arrancarlo de su condición de caído y sacarlo de las tinieblas más impenetrables. De esa esperanza nadie le había dicho nada, y murió oprimida por la desesperación.

Personalmente no podía compararme con mi amiga en sus dotes espirituales. Yo vivía como una bestezuela, acorralada y furiosa, sin erguirme jamás y levantar la cabeza, sin hacer intento alguno por comprender o decir algo. En las redacciones escolares escribía —como era de ley— que amaba a mi patria, a Lenin y a mi madre; pero eso era pura y llanamente una mentira. Desde mi infancia odié todo lo que me rodeaba: odiaba a las personas con sus minúsculas preocupaciones y angustias; más aún, me repugnaban; odiaba a mis padres, que en nada se diferenciaban de todos los demás y que se habían convertido en mis progenitores por pura casualidad. Oh, sí, yo enloquecía de rabia al pensar que, sin deseo alguno de mi parte y de un momento totalmente absurdo, me habían traído al mundo. Odiaba hasta la naturaleza con su ritmo eternamente repetido y aburrido de verano, otoño, invierno...

Y en la escuela, por supuesto, sólo se fomentaban las cualidades externas y “combativas”. Se alababa a quien realizaba mejor un trabajo, al que podía saltar más alto, al que “se distinguía” por algo.

Con ello se reforzó aún más mi orgullo, que floreció plenamente. Mi meta fue entonces ser más inteligente, más capaz, más fuerte que los demás. Pero nadie me dijo nunca que el valor supremo de la vida no está en superar a los otros, en vencerlos, sino en amarlos. Amar hasta la muerte, como únicamente lo hiciera el Hijo del Hombre, al que nosotros todavía no conocíamos.

Entonces aspiraba ya a una vida “íntegra” y consecuente. Me sentía filósofa y dejé de engañarme a mí misma y a los demás. La verdad amarga, terrible y triste estaba para mí por encima de todo lo otro. Pese a lo cual mi existencia seguía tan desgarrada y contradictoria como antes. Yo sentía un gusto permanente por el contraste y el absurdo, por los imponderables de la vida. También alentaba en mí el esteticismo. Por ejemplo, de día me gustaba mucho ser una alumna “brillante” y el orgullo de la Facultad de Filosofía, trataba con intelectuales sutiles, asistía a conferencias y coloquios científicos, hacía observaciones irónicas y sólo me daba por satisfecha con lo mejor en el aspecto intelectual. Por la tarde y por la noche, en cambio, me mantenía en compañía de marginados y de gente de los estratos más bajos, ladrones, alienados y drogadictos. Esa atmósfera sucia me encantaba. Nos emborrachábamos en bodegas y buhardillas.

Me invadió entonces una melancolía sin límites. Me atormentaban angustias incomprensibles y frías, de las que no lograba desembarazarme. A mis ojos me estaba volviendo loca. Ya ni siquiera tenía ganas de seguir viviendo.

¡Cuántos de mis amigos de entonces han caído víctimas de ese vacío horroroso y se han suicidado! Otros se han convertido en alcohólicos; algunos están en instituciones para enajenados... Todo parecía indicar que no teníamos esperanza alguna en la vida.

Pero el viento, que es el Espíritu Santo, “sopla donde quiere”. Otorga y vida y resucita a los muertos. ¿Qué fue lo que me ocurrió entonces? Que nací de nuevo. En efecto, fue un segundo nacimiento lo que experimenté.»

MARTÍN DESCALZO: *La sordera de Dios*

«El otro día recibí una carta que me produjo una gran tristeza. Tristeza porque era anónima (su autora, contradictoriamente, me pedía ayuda y me quitaba toda posibilidad de dársela al cerrarme, además, su amistad, que implica, como mínimo, no ocultar el nombre y la mano que se tiende). Pero triste sobre todo porque dejaba ver lo mucho que aquella buena señora estaba sufriendo: hacía pocos meses que había muerto, casi repentinamente, su marido, y ella, no sólo no había logrado digerir esa muerte, sino que la estaba volviendo en un odio creciente a Dios y a toda su formación religiosa.

Se sentía estafada. ¿No le aseguraban que Dios protegía y amaba a los buenos, a los que le amaban? ¿No le habían contado mil veces que la oración todo lo puede? ¿Por qué Dios se había vuelto sordo ante sus gritos la primera vez en que realmente había clamado hacia El? Y las promesas que algunos le daban ahora de que algún día le reencontraría, ¿no

sería un cuento más para tranquilizarla? De otro modo, ¿por qué en su alma, lejos de crecer la pacificación, aumentaba de hora en hora la “certeza”, decía ella, de que detrás no hay nada, de que todo es una gigantesca fábula, de que la habían engañado como una niña desde que nació?

Me hubiera gustado poder charlar serenamente con esta señora. Averiguar, sobre todo, si estos desgarramientos venían del impacto de un golpe tremendo del que no se había repuesto y que le impedía hasta discurrir, o si eran fruto de un discurso sereno (y envenenado) de su alma. Pero toda esa posibilidad me la negaba al no firmar su carta y tampoco podía esperar, sensatamente, que en el corto espacio de un artículo yo contestara y tratara de curar cada una de “sus” heridas distintas sin duda de las de otras personas que hubieran pasado por un problema parecido.

Tal vez en esa conversación yo hubiera podido ser hasta un poquito duro con esa señora y decirle abiertamente que ese gran dolor podía ser “su gran clarificación”, la hora en que descubriera que la educación que le dieron y el Evangelio que ella de hecho practicaba no eran, en realidad, un verdadero cristianismo, sino una variante de religiosidad egoísta y piadosa. Al parecer, su Dios era algo hecho para hacerla feliz a ella y no ella alguien destinada a servir a Dios. Su Dios era “bueno” en la medida que le concedía lo que ella deseaba, pero dejaba de serlo cuando señalaba un camino más empinado o estrecho. Tal vez hubiera podido aclararle que es cierto que la oración concede todo lo que se pide, siempre que se le pida a Dios que nos conceda lo que El sabe que realmente necesitamos y que la gran plegaria no es la que logra que Dios quiera lo que yo quiero, sino que yo logre llegar a querer lo que quiere Dios. Amar a Dios porque nos resulta rentable es confundir a Dios con un buen negocio.

La fe en Dios, su amor, la confianza en El son cosas bastante diferentes de lo que mucha gente cristiana piensa. Los verdaderos santos como los auténticos amantes, vivieron el amor de Dios, pero sin pasarse toda la vida preguntándose cómo se lo iba El a agradecer.

Sería interminable hablar de todo esto. Pero yo quiero concluir citando unos fragmentos de una carta de santo Tomás Moro, escrita en la Torre de Londres, cuando esperaba que, por su fidelidad a Dios y su conciencia, iban a cortarle dentro de muy pocos días la cabeza: “Aunque bien sé —dice a su hija— que mi miseria ha sido tan grande que merezco que Dios me deje resbalar, no puedo sino confiar en su bondad misericordiosa que, así como su gracia, me ha fortalecido hasta aquí y ha hecho que mi corazón se conforme con la pérdida de todos mis bienes y mis tierras, y la vida también, antes que jurar contra mi conciencia. Nunca desconfiaré de Él, Meg; aunque me sienta desmayar, sí, aunque sintiera mi miedo a punto de arrojarme por la borda, recordaré cómo San Pedro, con una violenta ráfaga de viento, empezó a hundirse a causa de su fe desmayadiza, y haré como él hizo: llamar a Cristo y pedirle ayuda. Y espero que entonces extienda su santa mano hacia mí y, en el mar tempestuoso, me sostenga para no ahogarme. Sí, y si permite que aún vaya más lejos en el papel de Pedro y caiga del todo por el suelo y que jure y perjure también, aun así confiaré que su bondad echará sobre mí una tierna mirada llena de compasión, como hizo con San Pedro, y me levante otra vez y confiese de nuevo la verdad de mi conciencia. Sé que sin culpa mía no dejará que me pierda. Me abandonaré, pues, con buena esperanza en El por entero. Y, si permite que por mis faltas perezca, todavía entonces ser-viré como una

alabanza de su justicia. Pero la verdad, Meg, confío en que su tierna compasión mantendrá mi pobre alma a salvo y hará que ensalce su misericordia.” “Nada puede ocurrir sino lo que Dios quiere. Y yo estoy muy seguro de que, sea lo que sea, por muy malo que parezca, será de verdad lo mejor.”

Ser cristiano es aceptar cosas como éstas, disparates como éstos. Saber que la hora de la oscuridad es la mejor hora para verle. Aceptar que un dolor, por espantoso que sea, puede ser el momento verdadero en que tenemos que demostrar si amamos a Dios o nos limitamos a utilizarle.»